



**UNIVERSIDAD
ACADEMIA**
DE HUMANISMO CRISTIANO

Del Mito Colectivo
al Mito Individual:
La reconstrucción
del fantasma en
la adolescencia.

Gislene Jardim

RESUMEN

ESTE ARTÍCULO REVISLA LA RELACIÓN ENTRE CULTURA Y SUJETO, BAJO EL PRISMA DE LA ESTRUCTURA DEL COMPLEJO DE EDIPO. EL MOMENTO DE LA ADOLESCENCIA ES CONSIDERADO COMO UNA OPERACIÓN PSÍQUICA EN LA CUAL EL SUJETO SE DEPARA CON LA RE-CONSTRUCCIÓN DE LA ESCENA FANTASMÁTICA QUE ORIGINÓ EL COMPLEJO DE EDIPO EN LA INFANCIA. EL ADVENIMIENTO DE LA PUBERTAD PROVOCA EN EL SUJETO LA BÚSQUEDA POR NUEVAS RELACIONES DE OBJETO QUE LO LLEVARÁN A AMPLIAR EL LAZO SOCIAL. ES EN ESTE ESCENARIO QUE LAS FORMACIONES PSICOPATOLÓGICAS EN LA ADOLESCENCIA TENDRÁN LUGAR.

PALABRAS CLAVES: ADOLESCENCIA, MITO FAMILIAR, COMPLEJO DE EDIPO, PSICOANÁLISIS

ABSTRACT

"OF THE COLLECTIVE MYTH TO THE INDIVIDUAL MYTH: THE RECONSTRUCTION OF THE PHANTASM IN THE ADOLESCENCE"

THIS ARTICLE IS ABOUT THE RELATIONSHIP BETWEEN THE CULTURE AND THE SUBJECT, BY MEANS OF THE STRUCTURE OF THE COMPLEX OF EDIPO. THE MOMENT OF THE ADOLESCENCE IS CONSIDERED AS A PSYCHIC OPERATION WHERE THE SUBJECT IS TO THE RETURNS WITH THE RECONSTRUCTION OF THE FANTASMAL SCENE THAT ORIGINATED THE COMPLEX OF EDIPO OF INFANCY. THE ADVENT OF THE PUBERTY CAUSES IN SUBJECT TO THE SEARCH FOR NEW OBJECT RELATIONS THAT WILL TAKE TO AMPLIFY OF THE SOCIAL BOND. IT IS IN THIS SCENE THAT THE PHYSICOPATHOLOGUES FORMATIONS IN THE ADOLESCENCE WILL HAVE PLACE.

KEY-WORDS: ADOLESCENCE, PSYCHOANALYSIS, FAMILIAR MYTH, COMPLEX OF EDIPO.

Del Mito Colectivo al Mito Individual: La reconstrucción del fantasma en la adolescencia.¹

Gislene Jardim*

Cuando tomamos el complejo de Edipo como modelo de estructura de sustentación del sujeto y como modelo de referencia de la organización del campo social del cual el sujeto es extraído, colocamos en la misma dimensión la estructura de la sociedad y la estructura del sujeto. El tabú del incesto aparecerá como eje ordenador de la relaciones en ambas estructuras y estas estarán edificadas una en continuidad de la otra, tal como una banda de Moebius. Aun más, al tomar el mito de Edipo como referencia para la organización de la vida social –tal como propone Freud– y aplicamos esa misma estructura edípica al sujeto, otra estructura se irá a interponer entre lo colectivo y lo individual (o entre lo social y el sujeto): la estructura de la “familia conyugal” (Lacan, 1969).

La estructura familiar –que supone la función materna y la función paterna en la constitución del sujeto– es la gran responsable por la

* Gislene Jardim: Psicoanalista. Magíster y Doctora en Psicología Escolar. Instituto de Psicología de la Universidad de Sao Paulo. Brasil. Presidente del Departamento de Salud Mental de la Sociedad de Pediatría de Sao Paulo. Brasil. E-mail: gislenejardim@vol.com.br

¹ Traducción y establecimiento del texto, a cargo de la psicoanalista Maritza Quevedo. Título original “Do Mito colectivo ao mito individual: A re-contrução do fantasma na adolescência”

traducción² (o transmisión) de los lugares del juego edípico.

Para Lacan (1980) el mito colectivo aparece en el centro de la clínica psicoanalítica -sobre todo en el epicentro de las formaciones sintomáticas del sujeto- y se refieren siempre a la pre-historia de cada uno. Los síntomas analíticos revelan el modo como fueron establecidas las relaciones familiares que lo precedieron -aunque sea de modo contingente- pero que son la base de lo que resulta ser lo más fantasmático y particular en el sujeto. Dicho de otra forma, los síntomas escuchados en la clínica psicoanalítica pueden ser comprendidos como efectos del mito colectivo (de la fundación de la vida social) en el mito individual (de aquel sujeto en particular) sustentado por la estructura familiar, ella propia portadora de una versión mítica que incluye lo social y al sujeto.

En esta perspectiva, la estructura familiar puede ser considerada como la estructura mínima de la vida social. De cierto modo, Freud (1930) ya había considerado la estructura familiar como la célula mínima de las relaciones sociales cuando afirmó, por ejemplo, que “la familia no abandona al individuo”. Podemos sumar a esta afirmación freudiana la suposición que la familia no abandona al sujeto exactamente porque él sólo tiene existencia³ por medio de los lazos conyugales y familiares que

lo antecedieron⁴. En este sentido, la pre-historia del sujeto sólo es posible por el mito familiar.

Sin embargo, es sabido que el complejo de Edipo estructura la escena fantasmática del sujeto y que el tiempo de la infancia es, por excelencia, el momento crucial para la organización de los elementos de la escena, del posicionamiento del lugar del padre, de la madre y el hijo. Sabemos aun, que el sujeto infantil podrá tener un lugar discursivo solamente si sujetado al campo del Otro parental. Por otro lado, sabemos que los cambios en el cuerpo que advienen con la pubertad avalan el orden de la estructura edípica que fue construida por el sujeto en la infancia en la medida en que su posición de sujeto en la tríada de la escena fantasmática debe, ahora, incluir un significante de referencia a lo sexual -o si preferimos, una referencia al Otro sexo- ya que este nuevo tiempo de identificaciones estará marcado por una nueva imagen del cuerpo propio, referida a una posición sexual discursiva (masculina y femenina).

Si consideramos que el fantasma nada más es que la estructura edípica montada en la infancia -una estructura que marcará el lugar del sujeto en el discurso-, podemos tomar la adolescencia como un momento de reconstrucción del fantasma a partir del significante sexual marcado en lo real del cuerpo del sujeto. Así, la operación adolescente -ella propia una operación psíquica- consistirá en aproximar el real del cuerpo a la imagen del cuerpo propio sexuado asentándose sobre esa imagen un sig-

² El término traducción apunta para una característica importante de la función de la familia conyugal: en tanto una estructura, la familia conyugal ofrece una forma que incluye lugares vacíos, los cuales serán encarnados por un hombre, una mujer, y un niño que, ligados uno con los otros por lo simbólico, por el imaginario y por lo real darán vida a la estructura. De esta forma, el modo de lazo entre los participantes es lo que hace que las familias tengan dinámicas diferentes, pues la estructura de éstas se mantiene la misma. Este raciocinio vale para abordar la familia conyugal como la estructura individual del sujeto.

³ O existencia como propone Lacan. En esta noción está incluida la idea de que el sujeto sólo puede ser concebido fuera de él, por estar sujetado al campo del Otro.

⁴ A lo largo de su vida, el sujeto se aliena a las ideas familiares para posteriormente separarse de ellas. Con la pubertad ese dilema se amplifica. Freud nos recuerda que en determinadas culturas los ritos de pubertad y de iniciación auxilian al adolescente en la expansión del universo familiar para el universo social más amplio; sin embargo no podemos perder de vista que la dificultad de la ampliación del lazo social en la adolescencia es una dificultad inherente a todos (Freud 1930) y que si esta operación psíquica es mal sucedida, lo es para todo el mundo. (Lacan, 1974)

nificante que está en referencia al Otro sexo. En esta re-ordenación del fantasma, aparecerá, en el lugar de la falta fundamental del sujeto, lo imposible de la relación sexual. Esta dimensión es lógicamente posible después de establecida una diferenciación (discursiva) entre las posiciones masculinas y femeninas, diferenciación iniciada en la infancia por el complejo de Edipo, mas no finalizada en el tiempo de la adolescencia, después del enigma instalado por el Otro sexo (o femenino).

Situar la estructura familiar en el centro de las organizaciones sociales es también tomarla como referencia fundamental del sujeto. Esto implica pensar que la estructura familiar cuestionará y será cuestionada por el sujeto en los diferentes momentos lógicos de la constitución subjetiva. Podemos conjeturar que las crisis de la adolescencia interrogan justamente las bases de la estructura familiar que, otra, proveyeron contorno a la constitución subjetiva. De este modo el desafío de la adolescencia como operación psíquica será la reconstrucción de la escena fantasmática que originó el complejo de Edipo en la infancia. A pesar de ser la estructura familiar el escenario del complejo edípico, sabemos que es para cada uno, que dicho montaje se mostrará o no eficaz. Bajo los efectos de la pubertad, el estilo de cada adolescente de re-editar la escena edípica de la infancia apuntará no sólo para su propio síntoma⁵, sino también para una forma de goce. Es de ese modo que el mito familiar liga el mito colectivo al mito individual (de cada sujeto hablante).

El mito colectivo puede asociarse con la fantasmática individual del sujeto en dos momentos: por la alienación o por la separación al campo del Otro. De acuerdo con Poli (2003) las narrativas del origen del sujeto en la situación analítica, revelan la dupla fase de una misma estructura: éstas colocan en escena el

mito colectivo y el fantasma individual. Esto significa decir que “el tránsito individual por el complejo de Edipo supone que el mito de la horda primitiva haya sido inscrito en el discurso que dirige el lazo social” (Poli 2003). Aun más, podemos considerar el complejo de Edipo como una actualización ontogenética de una herencia filogenética de la horda primitiva, pues ambas estructuras organizan discursivamente el juego de posiciones del enlace pulsional. En consecuencia “una narrativa de los orígenes no es ni individual, ni social” (Poli 2003), pues ésta se sitúa en el punto de encuentro entre la clínica social y la psicopatología individual.

En esta perspectiva, la adolescencia como operación psíquica sería uno de los tiempos lógicos del sujeto, tiempo en el cual estaría confrontándose con la construcción de una narrativa sobre su origen que incluye la alienación y separación del campo del Otro.

Para Poli (2003), las narrativas de origen pueden ser abordadas del lado de la cultura (o del Otro) o del lado del sujeto de acuerdo con las siguientes correspondencias⁶: escena primaria y teoría sexual infantil, romance familiar y mito individual (del neurótico), tragedia y fantasma, por último, síntoma y síntome. El primer elemento del par viene a responder por el tiempo de alienación del sujeto al campo del Otro y el segundo elemento al tiempo de separación del Otro, o si preferimos, esa división podría ser hecha situando de un lado lo social (la cultura) y del otro lado lo particular (el sujeto). Tenemos como ejemplo de las narrativas de origen la siguiente comparación: “en la escena primaria el sujeto es contado por el Otro [y] en la teoría sexual él se cuenta para otros, apropiándose de los significantes del Otro” (Poli 2003). Este mecanismo operaría para cada uno de los pares de la narrativa, una

⁵ Síntoma-él o síntoma-ella, de acuerdo con Rassial (2001).

⁶ En cada par de narrativas, la primera se refiere al mito colectivo y la segunda se refiere al sujeto.

vez que estarían en funcionamiento en diferentes tiempos de la constitución subjetiva.

Si el tránsito por el complejo de Edipo garantiza al sujeto la representación de sí mismo a partir del referencial fálico, la explosión pubertaria hará que el sujeto llegue a la adolescencia con el enigma del Otro sexo. Una re-construcción del fantasma estructurado en la infancia se hace necesaria, ya que las pulsiones ordenadas por el falo tenderán a una organización genital en que va a prevalecer una de las dos posiciones discursivas sexuales (la femenina y la masculina); la construcción de lo femenino como Otro sexo, implica buscar un significante que sea referencia de LA mujer en el discurso. La ausencia de este significante incitará al adolescente a preguntarse: “¿qué quiere una mujer?”.

Para Poli (2003), “la adolescencia es, pues, el momento en el cual el fantasma va a constituirse en versión de un intento de representación del movimiento de alienación/separación del sujeto en la relación con el Otro sexo. La inevitable producción de síntomas en la adolescencia revela exactamente eso: la insistencia del sujeto en resolver el enigma colocado por el Otro sexo. Sabemos que el sujeto quedará en suspenso delante de ese enigma, un enigma que estaba allá en la infancia -instalado por el complejo de Edipo- pero que fue resignificado después de la explosión pubertaria.

En esa perspectiva, como operación psíquica, la adolescencia es una tentativa⁷ de enlace de lo real, de lo imaginario y de lo simbólico y

⁷ Un intento de pos-ordenamiento fálico de las pulsiones. Es un intento en la medida en que todo adolescente fabrica un síntoma como elaboración psíquica de los fenómenos pubertarios (real) ligados con una nueva imagen corporal (imaginario) y con la búsqueda de un significante que lo represente en el discurso como un hombre o como una mujer (simbólico). Si el sujeto no amarra estas tres dimensiones en un síntoma, podemos suponer que la salida de la adolescencia estará comprometida, sea por la eclosión de la psicosis o por la estructuración de una perversión.

el síntoma (del adolescente) representaría el cuarto eslabón, aquel que sustentaría -provisoriamente, o no- una posición discursiva del sujeto, estableciendo lugares para el deseo y el goce. Tendríamos que considerar también, que la adolescencia como operación psíquica puede o no producir una nueva inscripción significativa; en la adolescencia el juego edípico es retomado por el sujeto, exigiéndole una reformulación fantasmática que incluya el Otro sexo. El trabajo psíquico en la adolescencia será siempre de cada uno y no hay garantías⁸ de que ese trabajo concluya con el lanzamiento del sujeto para el universo adulto. La consecuencia de la re-construcción del fantasma para el sujeto en la adolescencia es el surgimiento de nuevos objetos a, que pasarán a vectorizar la búsqueda de nuevas formas de goce, siendo los síntomas⁹ en la adolescencia la contra-prueba de la operación psíquica en curso.

La re-edición del complejo de Edipo en la adolescencia y la re-costrucción del fantasma que le sigue provoca en el sujeto un re-ordenamiento pulsional en que prevalece el carácter genital diferenciando la posición masculina de la posición femenina. La relación del sujeto con el otro/Otro se ve avalada en la medida en que la promesa edípica no se cumple. Eso hace con que las otras referencias pasen a ser anheladas por el sujeto. Es en ese momento en que la relación fraterna con el semejante -o sea con los otros adolescentes- prevalecerá con respecto a la relación familiar. Es ahí que la estructura de la familia, como un todo, es

⁸ Sabemos que el tránsito por la adolescencia puede provocar perturbaciones en el sujeto, que van desde la formación de síntomas neuróticos, para los cuales una escucha psicoanalítica se vuelve pertinente, hasta posibles crisis con fuertes indicios de una psicosis en niños que venían demostrando una estructuración neurótica, caracterizando cuadros clínicos conocidos como borderlines.

⁹ Las formaciones psicopatológicas en la adolescencia incluyen el mal-estar provocado no sólo por la prevalencia de las pulsiones genitales, como también por el encuentro del sujeto por la interrogación por el Otro sexo.

estallada por el adolescente. Para Lesourd (2004), este escenario corresponde a la percepción del sujeto de que “hay un significante en falta en el Otro”. Y más:

“La descubierta del logro que es la promesa edipiana revoluciona toda la organización psíquica del sujeto y especialmente su relación con el significante. No hay más respuesta a los enigmas de la vida y del sentido, no hay más significación última que organizaría los significantes ordenándolos. No existe un organizador de un sentido de la vida, el cielo está vacío, Dios está muerto, o, para hablar en términos analíticos, no existe más, como en el tiempo de la infancia, un Otro que tendría respuesta para todo, que sabe todo”.

Para Lacan (1972-73) hay una relación con el Otro sexo, el femenino, y el descubrimiento de un significante de la falta en el Otro. Podemos suponer que la desilusión fálica sufrida por el sujeto en el momento de la adolescencia resulta de la percepción que LA mujer no existe y que tampoco existirá la relación sexual prometida en la infancia. Esa desilusión será la fuente del desamparo y de la agresividad que el adolescente dirige para el otro/Otro parental. La angustia y el desamparo provocados por el quiebre del supuesto saber en el Otro parental llevarán al adolescente a establecer nuevos lazos. Cuanto más el adolescente cuestiona al Otro del territorio familiar -confrontando los lugares de su estructura familiar-, será mayor su búsqueda de elementos nuevos, fuera de la familia, con los cuales identificarse¹⁰.

¹⁰ Hay que considerar que las dificultades o resistencias que el sujeto adolescente encuentra para ampliar sus lazos apuntan a problemas estructurales provocados por la adolescencia. Esa es una de las ocasiones en que la escucha analítica debe ser accionada, aun sin demanda de análisis. En este caso la intervención psicoanalítica se acercará más a un acompañamiento que a un análisis propiamente dicho.

Es en esa perspectiva que la ampliación del lazo social en la adolescencia podrá ser tomada como una de las consecuencias de la reformulación del fantasma que considera la inclusión de lo sexual.

Los cambios en la estructura del fantasma¹¹ acontecerán en los dos lados de su composición: del lado del sujeto (barrado por el lenguaje) y del lado de los objetos a, aquellos que causan el deseo. Hay que considerar por lo tanto, que la re-construcción del fantasma en la adolescencia partirá del desenlace del sujeto con el Otro parental y que las otras encarnaciones del Otro serán buscadas por el adolescente en el discurso social. Aquí constatamos, de hecho, que la ampliación del lazo social en la adolescencia es consecuencia de la búsqueda del adolescente de significantes extranjeros a los familiares, significantes que lo representarán en el discurso.

El debilitamiento de la función paterna en el campo social colabora para que el sujeto adolescente instale a un semejante en el lugar del saber supuesto en el Otro parental. Esto trae una consecuencia importante para la travesía de la adolescencia: el lazo fraterno se mostrará como aquel que podrá suplir al sujeto de sus faltas, iniciando no solamente su nueva posición discursiva sexuada, como también algunos objetos de goce. Es en ese momento que la producción de un síntoma en la adoles-

¹¹ Encontramos la siguiente definición para el fantasma: $S \diamond a$ (siendo S el sujeto barrado, \diamond función de a , el objeto causa de deseo). “Este matema designa la relación particular del sujeto del inconsciente, barrado e irreductiblemente dividido por su entrada al universo de los significantes, con el objeto pequeño a , que constituye la causa inconsciente de su deseo”. CHEMAMA, Roland. Diccionario de Psicoanálisis.

cencia encuentra terreno fértil, para cada adolescente, en el lazo social más amplio¹².

Para el adolescente, el Otro que le servirá de referencia puede estar encarnado en la figura de los hermanos de sangre, de los amigos y de los ídolos que imaginariamente, soportarán los objetos de goce, sustitutos de los objetos prometidos por los padres. En la adolescencia, la identificación con el semejante se presenta como una salida al mal-estar familiar, en que los padres se revelan como aquellos que no tienen sus objetos de goce. La búsqueda del adolescente por un semejante provoca, de acuerdo con Melman (1997), la instalación de un nuevo sistema que.

“...inicialmente, es la fraternidad que domina, o sea, un sistema de trueque entre los participantes, que se funda en la reciprocidad del don. Ellos se intercambian cosas, intercambian los libros, pasan su moto y hasta pueden intercambiarse las muchachas, pero en todo caso el sistema de trueque que inventan no tiene que ver con la dureza y la crueldad de nuestro trueque social. Es un sistema, en último análisis, simple: aquel que tiene pasa para el amigo, que puede pasar para el otro y así

¹² Por ejemplo cuando, un adolescente encuentra en las drogas su objeto para obturar la falta en el Otro, y se depara, en el lazo social más amplio, con otros adolescentes que, como él, utilizan el mismo objeto de goce. Si por un lado la ampliación del lazo social en la adolescencia favorece la elaboración del sujeto de su relación con el Otro parental, por otro, por las formaciones psicopatológicas, el sujeto encuentra, imaginariamente, las condiciones para que su elección por la droga sea amenizada en cuanto síntoma, ya que los otros adolescentes también hacen uso de ella, muchas veces para reforzar el nuevo lazo. En el ejemplo del uso de las drogas, podemos hacer una diferenciación clínica: el adolescente puede usar droga como un medio para mantenerse en el grupo, identificándose con sus semejantes, o puede usarla solitariamente reforzando su elección de objeto de goce. En el primer caso, la droga puede ser un medio de aproximación del Otro social –en ese momento un otro semejante-, pudiendo ser abandonada más adelante. En el segundo caso, la droga puede ser el objeto parcial de goce que, ilusoria y temporalmente, traerá satisfacción para el sujeto. Es en este último caso que la toxicomanía se vuelve un buen ejemplo de psicopatología en la adolescencia.

sucesivamente... circula. Las ropas también circulan. Es una sociabilidad en la cual todo el mundo es semejante”.

En relación al ídolo, Lesourd (2004) resalta que su función en la adolescencia es ser figura de identificación para el sujeto y que es “en las relaciones sociales, en lo que llamaremos discursos sociales, donde se puede buscar el origen del ídolo, y su creación”. Podemos suponer que el adolescente busca en el ídolo aquello que le hace falta en la relación con el Otro parental. Generalmente tales objetos¹³, materiales o simbólicos, tienen que ver con el mundo de los adultos tan anhelado por el adolescente. Sin embargo no podemos olvidar que los ídolos vehiculan ciertos valores sociales que pueden representar o no aquellos valores transmitidos por la estructura familiar, por eso:

“El ídolo sólo puede ser comprendido como una mezcla. Modelo identificador de diferenciación en relación a los adultos, él es también una representación de los valores dominantes de una sociedad de momento, la de los adultos. Él ofrece así, para el adolescente, una función de lazo con los otros individuos de su edad, los pares contra los adultos, y al mismo tiempo de lazo con la sociedad en su conjunto, a través de los mensajes valóricos que transmite” (Lesourd, 2004).

¹³ Como ejemplos actuales de objetos y trazos buscados por los adolescentes en las figuras de los ídolos, podemos citar los modelos de belleza expuestos por la midia y, como consecuencia, las innúmeras tentativas por mantener la juventud. También, las fórmulas de éxito que juntan amor y deseo. Sabemos que todo eso está a la disposición en el discurso social no solamente para los jóvenes, también para los niños, lo que ha provocado efecto de aceleración de la adolescencia en niños muy pequeños, los llamados por la midia tweens. En relación a esto, aun podemos observar que el modelo que circula en el discurso social para los adolescentes captura también buena parte de los adultos, porque las señales de envejecimiento se pueden postergar a través de las nuevas técnicas quirúrgicas y tratamientos de belleza. La muerte queda, así, imaginariamente distante para todos.

Si por un lado el ídolo se presenta como un elemento estructural de la travesía de la adolescencia –en la medida en que permite la identificación del adolescente con el otro/Otro de lazo social-; por otro, no hay garantías del valor ético que un ídolo pueda transmitir. Muy comúnmente el adolescente presenta una fascinación por el ídolo, hecho que le impide mantener una posición crítica en relación a él. Es en ese momento que los adultos, principalmente los padres de los adolescentes, deben “decir lo que piensan sobre éste o aquel ídolo que toma el joven como referencia” (Lesourd 2004). Si no fuese así, si ninguna distancia puede ser colocada entre el ídolo y el joven, este último estará completamente alienado¹⁴ al ídolo, quedando impedido de construir otros puntos de referencia para la vida adulta.

Podemos considerar, entonces, que la ampliación del lazo social –que tiene como consecuencia la valoración de la relación entre los semejantes y con los ídolos- y la re-construcción del fantasma en la adolescencia provoca importantes cambios en la relación del sujeto con sus objetos. La fórmula del fantasma ($\$ \diamond a$) nos informa que el sujeto hablante existe en la medida en que un objeto –en la condición de objeto a, causa de deseo- se mantenga a distancia. El objeto a puede ser todo y cualquier objeto marcado por las pulsiones parciales¹⁵ que, a su vez, vuelven sus objetos también parciales.

Según Rassial (2002), la relación de los adolescentes con algunos objetos nos indican

¹⁴ Podemos citar el nazismo, ciertas sectas religiosas y la delincuencia como efectos de alienación completa de los jóvenes a sus ídolos. Podemos observar en esos ejemplos la identificación en masa de los jóvenes con la figura del líder. Sabemos que el resultado de la alienación a Hitler y a los líderes espirituales de ciertas sectas religiosas fue la muerte.

¹⁵ Entre otras formulaciones, lo que el psicoanálisis reveló por medio de la noción de pulsión es que no hay un objeto de la pulsión que satisfaga plenamente. Así como las pulsiones son parciales sus objetos también lo son.

que hay una “imbricación de lo pulsional y de lo cultural”, en la medida que los objetos a los cuales el adolescente se liga tienen una ligazón con los objetos construidos en la infancia, por medio de la relación parental. Sin embargo el autor nos recuerda que “el objeto de deseo es el efecto del fantasma” y que la adolescencia es un tiempo en que el sujeto se ve, nuevamente, implicado en la construcción de una relación de objeto que le proporcione una imagen y una representación de sí mismo.

Para Lesourd (2004), en la adolescencia, el sujeto se ve implicado en la construcción de una relación con objetos de la realidad y con objetos psíquicos y entre los últimos, existe uno muy particular: el objeto “yo” como fundamento del narcisismo. Este autor considera que:

“En el tránsito pubertario (Gutton,1991), las bases del narcisismo son sacudidas y el adolescente deberá reconstruir ese narcisismo, retomando su yo como objeto de amor. Es esto lo importante de las relaciones con los otros, con los pares y también con los adultos [...] es en torno del objeto yo que se desarrollarán las cuestiones relativas al amor y a la amistad”.

De un modo general, los objetos que hacen parte de la realidad psíquica –los objetos psíquicos- tienen su origen en la primera infancia, en el objeto alucinado, aquel que se apoya en varios objetos de la realidad para satisfacer una pulsión¹⁶. La función de esos objetos es “ser el soporte del deseo del sujeto” (Lesourd 2004) y por eso mismo, pueden ser representados por varios objetos de la realidad en la mediación de la relación del sujeto con los otros. Ya los objetos de la realidad marcan para el adolescente, su éxito o su pertenencia a un grupo. El adolescente puede tener dos tipos de relaciones con los objetos de la realidad, él

¹⁶ Son ejemplos de objetos de la realidad, los alimentos y el cigarro, substitutos para el seno, ese sí un objeto psíquico.

puede “consumir-los” o “crear-los” (Lesourd 2004).

La pérdida de la relación de objeto de amor en la infancia hace de la adolescencia un tiempo en que el sujeto descubrirá que con ningún objeto de la realidad se podrá satisfacer completamente, pues no existe objeto que complete “la falta de ser” (Lesourd 2004). Es justamente esa pérdida del objeto de amor infantil que lanzará al sujeto en la búsqueda de objetos de la realidad que produzcan placer, aunque sean parciales. Muchas veces, las drogas y el alcohol se presentan para el adolescente como objetos de la realidad con el estatuto de una recreación del objeto psíquico perdido en la infancia. Reconocemos que tales objetos se encuentran en el campo social para su consumo. Entre los objetos de consumo de los adolescentes están los objetos de exhibición y los objetos de la delincuencia.

El objeto de exhibición tiene como función tanto el reconocimiento en el grupo como en el campo social más amplio, además de permitir al adolescente diferenciarse del semejante. Lesourd (2004) considera que el look “participa de la construcción del objeto yo, en la diferenciación que él proporciona, frente del mundo de los adultos, especialmente parentales, y también en la identificación con los semejantes, con los pares”. Al mismo tiempo que los objetos de exhibición en la adolescencia revelan e indican algo para el otro de la subjetividad del adolescente, encubren “las inquietudes sobre la identidad real del objeto yo” (Lesourd 2004).

En el caso del objeto de la delincuencia, aquel prestado o robado¹⁷ por el adolescente, puede ser entendido como una “apropiación de una insignia del otro, de uno de los trazos

del otro” (Lesourd 2004), una marca que el adolescente no ha podido, por sí mismo, obtener o crear. Podemos decir sobre todo que las relaciones con el objeto de la delincuencia son “la tentativa de construir una relación adulta con el objeto” (Lesourd 2004).

Diferente de los objetos de consumo, los objetos creados por el adolescente son también una tentativa de reproducción del objeto perdido de la infancia. Las creaciones artísticas de adolescentes -sean ellas musicales, literarias o gráficas (el *grafitte* es el mejor ejemplo)- marcan un lugar en el discurso social en la medida en que hacen lazo social, sea de un adolescente con un semejante o de un adolescente con un adulto. Para Lesourd (2004) los objetos de creación de los adolescentes deben ser de interés para los adultos y profesionales que se ocupan de la adolescencia por el hecho de que tales objetos revelan no solamente la relación del adolescente “con la genitalidad adulta procreadora”, como también la capacidad del adolescente de superar la crisis pubertaria.

Como vimos, la ampliación del lazo social en la adolescencia revela no solamente el reposicionamiento del sujeto en el discurso, sino también las transformaciones en la relación de objeto -considerando que los objetos en la adolescencia estarán referidos a las tentativas de reconstrucción del objeto perdido en la infancia- En esta línea de pensamiento, el síntoma analítico¹⁸ en la adolescencia aparecerá como resto de la operación fantasmática. El sujeto se mostrará, por lo tanto, predispuerto¹⁹ a producir síntomas en referencia al Otro sexo y no

¹⁷ Nos referimos aquí a los objetos que no tienen valor comercial, pero sí valor para aquel que lo utiliza; ellos tienen por tanto valor fálico. Por ejemplo el uso del auto de los padres sin el consentimiento de ellos.

¹⁸ Síntoma analítico tal como es entendido por los conceptos y nociones fundamentales del psicoanálisis, es decir como una sustitución inconsciente y metafórica de un saber referido al universo sexual de cada sujeto hablante.

¹⁹ Una pre-disposición estructural del sujeto que en la adolescencia, ha de incluir el significante referido a lo femenino (al Otro sexo) en su fantasma, lo que implica como vimos, cambios en las relaciones de objeto.

al Otro parental como en la infancia. Tal vez por eso el síntoma del adolescente repercute en el campo social más amplio que la familia y encuentre ahí otros elementos²⁰ que estructural y eventualmente, participarán en la nueva formación sintomática. Entre tanto no podemos afirmar que la ampliación social es responsable por las formaciones sintomáticas en la adolescencia y tampoco que el sujeto adolescente fabrica su síntoma al ampliar el lazo social. Antes que nada, lo que las formaciones sintomáticas en la adolescencia revelan es que el sujeto no consigue atravesarlas sin pérdida de goce²¹, pues, para continuar su trayecto hacia la vida adulta, el sujeto tendrá que reposicionarse en relación a su goce.

Tenemos, entonces el siguiente escenario: en la adolescencia el sujeto extiende su circulación social al ir al encuentro de un semejante o al encuentro de un ídolo y al extender su circulación social el sujeto puede fabricar síntomas como resto de una nueva posición discursiva referida al Otro sexo. Esta particularidad de las formaciones psicopatológicas en la adolescencia, apunta para un nuevo campo de investigación no solamente para los psicoanalistas sino también para los educadores.

²⁰ Podemos considerar los semejantes y los ídolos como los nuevos elementos que el adolescente recorta ya no en la familia, sino en el discurso social más amplio y que podrían participar de la formación sintomática en la adolescencia.

²¹ En la teoría psicoanalítica sobre el síntoma, la pérdida de goce representaría la posibilidad del sujeto de sustentarse sin el goce secundario que todo y cualquier síntoma produce.